Sobre el pesimismo, el optimismo, el siglo XX y mucho más

León Trotsky

17 de febrero de 1901

(Versión al castellano de Vicent Blat desde "On pessimism, optimism, the 20th century and much more", Sozialistische Klassiker 2.0 (28/06/26), con fuente en *Vostochnoye Obosreniye* (Revista Oriental), número 36, 17 de febrero de 1901, bajo el pseudónimo de Antid Otto.)

¡Dum spiro, spero!

(¡Mientras respire, confío!)

Si fuera un científico de verdad, con título y todo, y decidiera escribir una monografía sobre el pesimismo y el optimismo, empezaría, por supuesto, por la clasificación. Esto confiere a la obra la solidez necesaria, compensando a menudo la falta de contenido… Pero como no soy científico, sino solo un "ajeno", y no escribo monografías, sino "cartas", entonces… Y, sin embargo, empezaré por la clasificación: ¡qué humillación, sin duda!…

Esta clasificación, que me permitiré ofrecerles, se basa en la distribución del optimismo y el pesimismo en relación con los elementos de la tríada sacramental: pasado, presente y futuro. Y el optimismo y el pesimismo, a pesar de su oposición lógica, psicológicamente casi siempre coexisten en la misma persona, orientación o clase: mientras que el optimismo se dirige hacia un elemento de la trinidad, el pesimismo se dirige hacia el otro. Aquí son posibles varias combinaciones, y varios tipos básicos tienen un profundo significado social. Analicémoslos y, en primer lugar, el tipo del optimista del pasado.

Con una expresión de ira, odio y amargura, observa cómo, "una capa rasgada, una ola de bajos instintos inunda calles y plazas", mientras "las profanaciones más desvergonzadas deshonran su santuario"… Intenta estallar en una risa satánica cuando "oye en la reunión el ruido de los siervos de la gran bestia ("la turba"), ¡pero en vano! Su risa suena dolorosa e incierta… Entonces, lleno de tristeza, vuelve su mirada con amor afectuoso hacia el pasado, en el que admira los suaves contornos de las "tranquilas alegrías de la vida de siervo".

Este es el tipo más miserable de ideología burguesa. Su representante es Taine[1]. Su símbolo es una calavera desdentada con las cuencas de los ojos abiertas de par en par. El tribunal perentorio de la historia lo condenó a la privación de todos los derechos sobre el futuro…

El segundo tipo, el optimista del presente, no suele mirar al pasado ni piensa demasiado en el futuro: él, con todos sus sueños y esperanzas, deseos y temores, no traspasa los límites de la modernidad. Es la encarnación de la complacencia burguesa, la torpeza filistea y la estrechez de miras. Fue él quien, por boca del doctor Pangloss[2], afirmó que nuestro mundo es el mejor de los mundos. Fue él quien, en el Reichstag alemán hace un cuarto de siglo, se rio a carcajadas, echando hacia atrás su cabeza torpe y agitando su

[1] Taine, Hipólito; historiador, filósofo y crítico francés. Esta caracterización de Taine, como "optimista del pasado", hace referencia a las opiniones que expresó en su famoso libro *Los orígenes de la Francia contemporánea*. En la segunda parte de este libro, *La Revolución*, Taine muestra una extremada hostilidad hacia todos los aspectos principales de la Revolución Francesa. En el jacobinismo, en particular, ve la causa de todas las calamidades de la Francia revolucionaria. Describe el poder revolucionario como un nuevo despotismo, y el movimiento de las masas como el caos y la anarquía de la turba.

[2] Héroe de la novela de Voltaire *Cándido o el optimismo*.

obesa barriga, cuando un solitario "soñador", un diputado, azotó este mejor de los mundos con palabras severas…

Por último, el tercer tipo, al que recomendamos que el lector preste especial atención, no está vinculado al pasado ni por antipatías ni por simpatías: el pasado solo le interesa en la medida en que ha dado lugar al presente, y el presente en la medida en que ofrece puntos de aplicación a las fuerzas que crean el futuro. Y el futuro… ¡oh! Se adueña por completo de sus simpatías, sus esperanzas, sus pensamientos… Este tercer tipo puede describirse como un pesimista del presente y un optimista del futuro.

Estos son los tres tipos principales. Junto a ellos, en aras de la exhaustividad, es necesario incluir al optimista absoluto[3] y al pesimista absoluto.

El primero suele vincular el optimismo con el misticismo: no hay nada más cómodo que, tras haber delegado la responsabilidad del progreso de los asuntos terrenales en fuerzas sobrenaturales, confiar plenamente en su benevolencia y, cruzándose de brazos, reflexionar sobre el tema de que "no fuimos nosotros quienes creamos el mundo, ni seremos nosotros quienes lo acabemos"… Esta categoría incluye al difunto VI. Solovyov[4].

El pesimista absoluto es el espíritu de la negación, el espíritu de la duda, producto de momentos históricos difíciles, en los que el futuro es incierto y el presente está "vacío u oscuro", cuando las desarmonías sociales alcanzan su máxima tensión… Este pesimismo puede dar lugar a un filósofo, a un poeta lírico (Schopenhauer[5], Leopardi[6]), pero no a un luchador cívico. *Les extrêmes se touchent* (los extremos se tocan). Los dos últimos tipos, que aparentemente representan el opuesto absoluto el uno del otro, convergen en un punto muy importante: ambos son pasivos.

No es así el optimista del futuro. Él es la actividad misma. Su pesimismo y su optimismo no equivalen a "zwei Seelen in einer Brust", dos almas que luchan entre sí y lo convierten en presa de la reflexión (Fausto, Hamlet). No, ambas están unidas en él en una totalidad armónica: el optimismo del futuro solo sirve entonces como imperativo para una actividad cívica altamente idealista cuando sus raíces se nutren del pesimismo del presente.

---

[3] "Absoluto" debe entenderse aquí no en el sentido filosófico, sino en el sentido coloquial y cotidiano, ya que el absoluto (ya sea optimismo o pesimismo), en el sentido filosófico de la palabra, nadie puede poseerlo.

[4] Solovyov, Vladímir Serguéievich (1858-1900), conocido filósofo, publicista y poeta, que combinó la cosmovisión mística eclesiástica con puntos de vista liberales sobre cuestiones políticas y sociales. La filosofía de Solovyov tuvo un gran éxito en los círculos místicos de la intelectualidad rusa prerrevolucionaria.

[5] Schopenhauer, Arthur (1788-1860), famoso filósofo pesimista alemán. La postura fundamental de Schopenhauer es que la fuente y la esencia de toda existencia es la sed sin sentido de la vida (la "voluntad de vivir"), cuyo vacío interior condena al sufrimiento eterno. En la historia de la humanidad no hay plan, ni unidad, ni progreso; en la vida personal, todo placer es engañoso; la monótona alternancia de sufrimiento y aburrimiento es el destino inevitable del hombre. La única salida a esto es el rechazo de la voluntad de vivir y la inmersión en el silencio dichoso de la inexistencia. Los pasos preparatorios para alcanzar este estado son el conocimiento filosófico y, en particular, la contemplación estética; finalmente, se logra mediante la mortificación ascética de la carne. La filosofía de Schopenhauer se desarrolló durante los años de severa reacción política y social en Alemania, lo que explica su desolador pesimismo. El culto al arte, como esfera puramente ideal, encontró una brillante expresión literaria en los libros de Schopenhauer, que caracterizaban todas las principales corrientes culturales de Alemania a principios del siglo XIX. Están impregnados de la filosofía idealista de la época, del idealismo artístico de Schiller, del clasicismo de Goethe y de la poesía romántica alemana.

[6] Leopardi. El estado de ánimo de aflicción universal que, a principios del siglo XIX, se apoderó de toda la literatura europea, encontró en Italia a uno de sus portavoces más vívidos en la figura del poeta lírico Giacomo Leopardi (1793-1837). El motivo principal de su poesía es el pesimismo desesperado, en cuya formulación Leopardi se acerca mucho a Schopenhauer. La base teórica del pesimismo se expone en la obra en prosa *Dialoghi* (*Diálogos y pensamientos*, traducción al ruso de N. Sokolov, 1908).

La realidad no solo se rio del optimista del futuro con una carcajada estruendosa, sino que también lo sometió a pruebas tremendas. Esto es lo que exclamó ante el interrogatorio de la Santa Inquisición, lleno de fe en el triunfo de la verdad: E pur si muove! (¡Y, sin embargo, se mueve!) Fue quemado "mansamente y sin derramamiento de sangre" el 17 de febrero de 1600 en Roma, en Campofiore[7], y él, como un ave fénix, renació de las cenizas y, además, apasionado, creyente y luchador. Con mano segura llamó a las puertas de la historia. Se ganó el derecho a revelar las leyes que rigen el movimiento de los cuerpos celestes, pero cuando apartó su mirada inquisitiva del espacio exterior y la dirigió hacia la Tierra, hacia este "patético y pequeño terrón de tierra", y comenzó a buscar las leyes que rigen el movimiento de las sociedades humanas, el Torquemada colectivo[8] le prestó más de una vez especial atención. "¡Y, sin embargo, se mueve!", seguía respondiendo a Torquemada, creyente y actor, actor y creyente…

Por un lado, al optimista del futuro se le opone el filisteo. Fuerte por su masa y ajeno a su vulgaridad, plenamente armado con una experiencia que no va más allá del mostrador, la mesa de la cancillería y una cama de matrimonio, sacude la cabeza con escepticismo y condena al "soñador idealista" con una afirmación pseudorealista: "No hay nada nuevo bajo el sol, el mundo es una eterna repetición del pasado"…

Por otro lado, frente al mismo optimista se alza el sacerdote de la ciencia, que logró las conquistas más grandiosas del siglo XIX.

"¡Profano!", exclama el sacerdote dirigiéndose al "soñador". "Si partimos de una edad de 100 millones de años para la vida orgánica en la Tierra (y este es el mínimo que permite la ciencia), entonces a la raza humana le corresponde una décima parte de un millón, y la proporción de lo que tú llamas con tanto brillo en los ojos 'historia del mundo' representa el mísero lapso de tiempo de seis milenios. O, para grabar estas relaciones en tu mente no iniciada, poco acostumbrada a manejar períodos tan colosales, las traduciré al lenguaje de los períodos de tiempo más familiares. Si fijas la vida orgánica en 24 horas, entonces a la especie humana le corresponderían 2 minutos, y a toda tu "historia mundial", ni más ni menos que 5 segundos… ¡Eso es por lo que lloras, eso es por lo que sufres, eso es por lo que rezas, eso es por lo que luchas, cuando todo el período de la vida histórica no es más que un segundo de eternidad, un episodio insignificante de la evolución cósmica, una combinación transitoria de fuerzas mecánicas, una convulsión fugaz de la materia del mundo! ¡Ríndete, soñador, ante la inmensidad del infinito y el infinito de la eternidad!".

"¡Dum spiro, spero! ¡Mientras respire, tengo esperanza!", exclama el optimista del futuro. "Si tuviera que vivir la vida de los cuerpos celestes, me sería completamente indiferente ese patético trozo de tierra perdido en la inmensidad del universo; brillaría tanto para los malvados como para los buenos… ¡Pero soy un ser humano! ¡Y la 'historia del mundo', que para ti, el sobrio sacerdote de la ciencia, el contable de la eternidad, parece un segundo insignificante en la balanza del tiempo, lo es todo para mí! ¡Y mientras respire, lucharé por el futuro, ese futuro brillante y resplandeciente, en el que el hombre, fuerte y bello, dominará el curso espontáneo de su historia y la dirigirá hacia horizontes ilimitados de belleza, alegría y felicidad! … ¡Dum spiro, spero!

Al miserable filisteo, con su negación de los cambios en el mundo sublunar, el optimista del futuro le opone los mismos cálculos contables de la ciencia. "¡Mira!", exclama: "De los cinco segundos de la historia del mundo, menos de medio segundo le

[7] Hoy hace 301 años que tuvo lugar este acto de crueldad: la quema de Giordano Bruno.

[8] Torquemada (1420-1498), monje dominico, primer Gran Inquisidor de España, impulsó la expulsión de los moros y los judíos de España, reorganizó y amplió las actividades de la Inquisición y mostró una crueldad y un fanatismo monstruosos en la persecución de los herejes.

corresponde a toda tu existencia pequeñoburguesa; y, tal vez, menos de una décima de segundo queda hasta el final de tu existencia histórica. ¡Viva el futuro!"

La gente atravesó la sucesión de siglos, indiferente al movimiento de la Tierra alrededor del Sol, y solo los episodios dramáticos de la lucha continua por el futuro dieron un color vivo a estas desnudas convenciones aritméticas, estos gigantes de origen calendarizado.

El siglo XIX, que en muchos aspectos satisfizo las expectativas del optimista del futuro, y aún más las traicionó, le obligó a posponer la mayor parte de sus esperanzas para el siglo XX. Cuando se topaba con algún hecho escandaloso, exclamaba: "¿Cómo? ¡En vísperas del siglo XX!"… Cuando imaginaba maravillosas imágenes de un futuro armonioso, las situaba en el siglo XX…

Y ahora… ¡este siglo XX ha llegado! ¿Qué se encontró en su umbral?

En Francia, una espuma venenosa de odio racial; en Austria, las disputas nacionalistas de los chovinistas burgueses; en el sur de África, la agonía de una pequeña nación, recibiendo el golpe de gracia de un coloso; en la isla "libre", himnos triunfales en honor a la codicia victoriosa de los corredores de bolsa belicistas; dramáticas "complicaciones" en Oriente; movimientos rebeldes de las masas hambrientas; en Italia, Bulgaria, Rumanía[9]… Odio y asesinato, hambre y sangre…

Parece que el nuevo siglo, esa gigantesca incógnita, en el mismo momento de su aparición, se apresura a condenar al optimista del futuro al pesimismo absoluto, al nirvana cívico.

"¡Muerte a las utopías! ¡Muerte a la fe! ¡Muerte al amor! ¡Muerte a la esperanza!", retumba el siglo XX con descargas de fusilería y estruendos de cañones.

- ¡Ríndete, patético soñador! ¡Aquí estoy, tu tan esperado siglo XX, tu "futuro"!…

- "¡No!", responde el optimista rebelde: "¡Tú solo eres el presente!"

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)
Edicions internacionals Sedov
Germinal
germinal_1917@yahoo.es

[9] A continuación, se enumeran los acontecimientos políticos más importantes de principios del siglo XX, entre ellos el caso Dreyfus y la Guerra anglo-bóer, que terminó con la derrota de los bóeres y el fortalecimiento de la política imperialista británica.